

drid, en Nápoles, en Milan, en Bruselas, en Viena y en el imperio. Los subsidios que habia dado Inglaterra á los aliados habian aumentado su deuda pública con 60 millones de libras esterlinas. Una intriga palaciega precipitó el desenlace que la opinion pública, soberana en un país libre, preparaba ya y que deseaba la misma reina. La duquesa de Marlborough, favorita de Ana, fué suplantada por una parienta suya que la debia su introduccion en palacio, llamada Abigail Masham, tan despierta para la lisonja como desdeñosa se habia mostrado lady Marlborough. Un par de guantes que la altanera duquesa no quiso recoger y algunas gotas de un vaso de agua derramadas de intento sobre el vestido de lady Masham produjeron la explosion: lady Marlborough recibió orden de no volverse á presentar en palacio, y cuando lord Darmouth la notificó su sentencia, ella arrojó al suelo la llave de oro, insignia de su cargo, en señal de desprecio. Lady Marlborough, caída en desgracia, arrastró á los amigos y parientes de su esposo y luego al duque. Los torys le acusaron de que se habia apropiado 13 millones del dinero destinado á las tropas y que habia recibido 2 de los contratistas, á lo cual respondió que era el uso y que además exageraban. De todos modos, el ministerio whig fué reemplazado por un gobierno tory y llamaron á Marlborough, siguiéndose inmediatamente las negociaciones con la Francia. Acabamos de ver las grandes razones que tenia Inglaterra para hacer la paz, cuyos preliminares se firmaron el 8 de octubre de 1711 entre las dos coronas.

Este ejemplo arrastró á los aliados y se abrió un congreso en Utrecht; mas el emperador se obstinaba en combatir. El príncipe Eugenio, que se habia apoderado de Quesnoy, sitiaba á Landrecies con 100,000 hombres, y habiendo extendido mucho sus líneas, que llamaba el camino de Paris, Villars pudo sorprender á Denain (julio de 1712), tomó luego á Marchiennes, donde estaban los almacenes del enemigo, entró en Douai, en Bouchain y en el Quesnoy, y Eugenio se vió en la precision de salir de Francia.

Por mar todo eran desastres para los franceses, cuya ma-

rina abandonada, en razon á que se necesitaban todas las fuerzas del país para hacer frente á la Europa, dejó que la Inglaterra se posesionara fácilmente del imperio de los mares; y las colonias francesas, sin defensa, fueron devastadas ó conquistadas. Sin embargo, algunos capitanes y corsarios se hicieron famosos. A Juan Bart, que en la última guerra habia sido el terror del comercio inglés, sucedieron Forbin, su antiguo compañero de aventuras; el bearnés Ducasse, gobernador de Santo Domingo; Pointis, que tomó á Cartagena de Indias recogiendo un inmenso botin; Cas-sart, que habiendo caído una vez con un solo buque en medio de 15 bajeles enemigos, combatió doce horas, echó á pique un navío inglés, desmanteló otros dos y logró escaparse; finalmente, Duguay-Trouin, hijo de un naviero de Saint-Malo, que á los diez y ocho años de edad, mandaba un buque de 14 cañones y se distinguió por sus correrías y capturas. Habia pasado ya el tiempo de la guerra formal cuando fué llamado Duguay-Trouin á la marina militar (su despacho de capitán es de 1706), y todo se reducía á sostener combates individuales, á hacer presas y á devastar las costas enemigas. Duguay-Trouin fué el hombre de esta guerra, como Juan Bart lo habia sido diez años antes. Su principal hazaña fué la toma de Rio Janeiro, donde causó á los enemigos una pérdida calculada en mas de 25 millones (1711). Sin embargo, las proezas aisladas de aquellos valerosos marinos no podian ejercer influjo alguno en la suerte de la guerra.

La victoria de Denain apresuró felizmente la conclusion de la paz. El 4 de mayo de 1713, Inglaterra, Portugal, Saboya, Prusia y Holanda firmaron los tratados de Utrecht. Francia reconocia el orden de sucesion establecido en Inglaterra por la revolucion de 1688, cedia la isla de Terranova, la bahía de Hudson y la Acadia y se comprometia á demoler las fortificaciones de Dunkerque, patria de Juan Bart; España dejaba á los ingleses en posesion de Gibraltar y de Menorca, y además se estipuló que jamás las coronas de Francia y de España podrian reunirse en una sola cabeza. A esto añadiremos que Luis XIV debió poner en

La adquisicion de dos provincias (Flandes y el Franco Condado) y de algunas ciudades (Estrasburgo, Landau y Dunkerque) no eran compensacion de tan horribles miserias, y considerando el estado de Europa en 1661, se inclina uno á creer que Luis XIV no sacó de la situacion todas las ventajas que debieron resultar para la Francia. Mas los hijos olvidan muy pronto las penalidades de los padres, y las generaciones subsiguientes solo han querido recordar el brillo de las victorias, el predominio de Francia en Europa durante 20 años, y por último, la incomparable pompa de aquella córte de Versailles y aquellas maravillas literarias y artísticas que valieron al siglo xvii la calificacion de siglo de Luis XIV.

CAPITULO XXIII.

ARTES, LETRAS Y CIENCIAS EN EL SIGLO XVII.

Las letras y las artes en Francia. — Las letras y las artes en las demás naciones. — Las ciencias en el siglo xvii.

Las letras y las artes en Francia.

El siglo xvi hizo la reforma religiosa, y el xviii debía hacer las reformas políticas. El xvii, entre aquellas dos edades revolucionarias, tuvo en las letras tales esplendores de pensamiento y de forma, que se llama por excelencia el siglo literario de la Francia. Las generaciones que viven en dias de tormenta, en medio de discusiones y alborotos, tienen sus altos y sus bajos; pero no llegan nunca á esa serena y apacible belleza que no se cansa de contemplar la posteridad.

Luis XIV no creia que fuese una fuerza la literatura, y,

con efecto, no lo era entonces. Concretándose pues, á considerarla como un adorno, como un lujo digno de un gran rey, fomentó las letras disciplinándolas y organizó como un gobierno de la literatura, cuyo ministro fué Colbert, que trató de ordenar aquel gobierno fundando academias (pág. 422), nobles asilos de la inteligencia literaria y científica, las cuales debian trazar las reglas, dar el tono, marcar el compás, si es permitido decirlo. Sin embargo, no olvidemos que el *siglo de Luis XIV* comenzó mucho antes de que pudiese ejercer el rey algun influjo en las letras. No habia todavía empuñado las riendas del poder, cuando Francia habia ya recogido la mitad de la gloria literaria que le reservaba el siglo xvii. Corneille, Descartes y Pascal habian dado á luz sus obras maestras. Madama de Sevigné, La Rochefoucauld, Moliere, La Fontaine y Bossuet se hallaban en toda la fuerza de su talento, y, por último, los dos grandes pintores de la época, Lesueur y el Pusino, habian muerto ó estaban muy cerca del sepulcro, y Boileau acababa de escribir su primera sátira. Hecha esta salvedad, dejaremos que el primer escritor del siglo xviii juzgue á sus predecesores del siglo xvii.

« Los franceses fueron los legisladores de toda la Europa en elocuencia, poesía, literatura, en libros de moral y de recreo. En todas partes se ignoraba la verdadera elocuencia, la religion se enseñaba ridículamente en el púlpito, y lo mismo se defendian las causas en el foro. Los predicadores citaban á Virgilio y á Ovidio, y los abogados á San Gerónimo y á San Agustin. Aun no habia nacido un hombre de genio que hubiese dado á la lengua francesa dignidad, precision y estilo. Solo algunos versos de Malherbe hacian comprender que carecia de grandeza y de fuerza. Los mismos hombres de claro entendimiento que habian escrito perfectamente en latin, como el presidente de Thou y el canciller de l'Hopital, no parecian los mismos cuando manejaban su propia lengua, que era en sus manos un instrumento rebelde. En suma, los franceses apenas se recomendaban por cierta sencillez que habia hecho el mérito de Joinville, Amyot, Marot, Montaigne

libertad á los súbditos que tenia presos por causas religiosas. Holanda obtuvo el derecho de dar guarnicion en la mayor parte de las plazas fuertes de los Países Bajos españoles, á fin de constituir una barrera contra los franceses; el duque de Saboya recibió la Sicilia con el título de rey, y el rey de Prusia fué tambien reconocido por la Francia. El emperador, enteramente solo, continuó la guerra; pero Villards tomó á Landau y á Friburgo, y entonces Cárlos IV firmó el tratado de Rastadt (1714), en cuya virtud obtuvo lo que le habia reservado el tratado de Utrecht, esto es, los Países Bajos, Nápoles, Cerdeña, el Milanésado y los presidios de Toscana. Por último, el elector de Baviera, tan desgraciado en su alianza con la Francia, quedó restablecido en sus Estados.

Dos potencias ganaron mucho en aquella guerra, y fueron el Austria, que se hizo con magníficos territorios en Italia y en los Países Bajos, y la Inglaterra, que pudo conquistar el dominio de los mares. A mayor abundamiento, la una recobró la Hungría, que necesitaba mas que la Italia, y la otra se quedó en Mahon, en donde podia hacer sombra á Tolon, y en Gibraltar, desde cuyo punto amenazaba á España y guardaba la entrada del Mediterráneo; mas los españoles, que evacuaban los Países Bajos, cesaban de tener una causa de guerra permanente con Francia, y despues de haber sido enemigos durante dos siglos, podian ahora hacerse para siempre sus amigos.

Poco sobrevivió Luis XIV al tratado de Rastadt. Los últimos años de su reinado fueron tan tristes como los primeros habian sido brillantes. A las desgracias nacionales se reunieron crueles aflicciones domésticas: perdió su hijo único, el gran delfin (14 de abril de 1711); la segunda delfina (12 de febrero de 1712), y su marido el duque de Borgoña (18 de febrero), así como tambien el duque de Bretaña, hijo primogénito de este matrimonio (8 de marzo), y el duque de Berri, hijo del gran delfin (1714). En resumen, de su numerosa familia quedaba solo su nieto Felipe V, rey de España, y su biznieto el duque de Anjou, de edad de 5 años entonces, y que fué Luis XV. Tantos golpes en

tan corto tiempo decidieron al rey á tomar una medida que fué un atentado á la moralidad pública: declaró herederos de la corona á sus hijos legitimados el duque del Maine y el conde de Tolosa, nacidos de la marquesa de Montespan, y dejó mandado en su testamento que formaran parte del consejo de la regencia que debia presidir su sobrino el duque de Orleans. Además el duque del Maine obtuvo la tutela con la superintendencia de la educacion del rey.

A mediados del mes de agosto de 1715 atacó á Luis XIV la enfermedad que puso fin á su vida. Se le hincharon y gangrenaron las piernas. El conde de Stairs, embajador de Inglaterra, apostó á que no pasaria el rey el mes de setiembre, y entonces, súbitamente, el duque de Orleans, que siempre habia estado solo, se vió rodeado de cortesanos. En los últimos dias de la enfermedad de Luis XIV un empírico le dió un elixir que reanimó sus fuerzas; comió, y el empírico afirmó que sanaria. El séquito del duque de Orleans disminuyó al punto. « Si come otra vez el rey, me voy á quedar solo, » dijo el duque. Pero la enfermedad no tenia cura. Luis XIV dijo á la Maintenon: « Cref que era mucho mas difícil morir, » y dijo tambien á sus criados: « ¿ Por qué llorais? ¿ Os figurabais que era inmortal? » Con la mayor serenidad dió varias órdenes y hasta habló de sus exequias; confesó algunas de sus faltas y recomendó al niño que iba á ser rey que fuese menos aficionado que él á la guerra y á gastar dinero. Efectivamente, dejaba exhausto el pais; la bancarrota parecia inevitable. Antes de la guerra de sucesion, Vauban escribia ya lo siguiente: « Cerca de la décima parte del pueblo tiene que vivir de limosna; de los nueve décimos restantes, cinco no están en posicion de socorrer á nadie, tres están en apuros, y el otro décimo no cuenta mas de 100,000 familias, entre las cuales no hay 10,000 con holgura. » ¿ Qué no seria, pues, en 1715, despues de aquella terrible guerra que exigió préstamos á 400 por 100 y nuevas contribuciones, que devoró de antemano las rentas de dos años y elevó la deuda pública á la cantidad de 2,400 millones, que equivaldrian hoy á cerca de 8,000 millones?